

cion
ubo
ado
cion
ase
s y
que
re-
oras
sin-
ente
pa-
al-
pa-
po-
kito
or-
de
ne-
ea-
se,
ado
en
ne-
que
en-
la
es-
el
s.
es-
dos
ue-
en-
ey,
Sr.
ju-
jó-
ne-
alla
que
dos
se-



Julius Dreier

(127)

LE MONITEUR DE LA MODE.

Journal du Grand Monde

Coiffettes de la Maison Popelin-Ducarre, 41, Rue Vivienne

Modistes de M^{me} Bayser, B^e de la Madeleine, Fleurs de Mortens, Dentelle de Violard,

Mouchoir de Chapron, r. de la Paix, Passementerie de Bertheloy 18, B^e Montm^{re}

Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne

Ayuntamiento de Madrid

NEW-YORK. E.B. Strange et Brother.

PARIS.

LONDON, at the Moniteur Office F.DUMUS 25 Greek Street Soho.



AYUNTAMIENTO
MADRID

MODAS DE CABALLEROS.

ÚLTIMAS NOTICIAS DE PARÍS.

Sombreros. Los sombreros continúan siendo de ala angosta y casi plana; pero su copa es algo más elevada que antes, sin curva lateral, ó con una imperceptible, y de hechura recta ó algo *rechupada*; es decir, tan ancha de arriba como por abajo ó ligeramente *cónica*. La tapa, ó parte superior de la copa, es plana y circular.

Chalecos. El chaleco, que tanto influye en la esbeltez del cuerpo, continúa siendo ancho de arriba, largo y estrecho de cintura; aunque con frecuencia se le ve también recto, sin sisa y con cuello hechura de pie. El corte más elegante es curvo y ancho en su parte superior y embebido en el asiento del talle para que marque bien la cadera y y el cono inverso del pecho. El chaleco por su parte baja, termina ó en punta aguda y prolongada, ó disminuida en ángulo, en medio círculo con su correspondiente faldilla.

Las telas que están más en boga son las sedas y el *valenciens* á cuadros muy pequeños, ó rayado fino á lo ancho sobre fondo azul *lapis-lazulis*, verde prado, carne claro y plomo claro: con estos dos últimos colores se viste un pantalón gris ó azul, mientras que con los primeros, se lleva un pantalón *nankin*, gamuza, oscuro, blanco, y todos colores mezclados formando un conjunto agradable. El chaleco recto es de piqué, frecuentemente de doble rango; se guarnece poco con respecto al interior.

Prendas mayores. Los fraques siguen siendo muy bajos de talle y cortos de faldones, particularmente el frac de *mañana*, ó de color, con botón metálico, liso, bruñido y convexo. El frac de *vestir*, ó negro, permite mayor largo en sus faldones. Tanto el frac de color, como el negro, se usan muy anchos de cuerpo, de modo que pueden abrocharse total y holgadamente.

Las levitas, negras ó de color poco pronunciado se llevan también bajísimas de talle y muy cortas de faldones. Esta prenda es más usada que antes.

Pantalones. El pantalón de moda es ancho de camal y sin travilla. La costura del lado vuelve sobre el empeine del pie y cae en medio de él y á plomo. Para que no varíe de posición al andar, se

guarnece la parte inferior de uno y otro camal con tela cruda, cortada al sesgo en forma de herradura. En los mejores talleres de sastre se guarnece forrando enteramente la parte baja del pantalón con tela cruda, cortada al sesgo y dividida en dos pedazos. Se asienta el pantalón llano sobre esta tela cortándola según la curva de la costura del camal. La otra costura de la tela se une á la de la entrepierna, de manera que el forro presenta también dos trozos desiguales, el uno ancho y estrecho el otro. Sigue usándose vivo en la costura exterior para el pantalón de por la mañana.

LA CAVERNA DEL TIGRE.

AVENTURA EN LAS MONTAÑAS DEL PERÚ.

(Conclusion.)

Entonces se presentó Franck, y vimos lo que acababa de hacer: en cada mano traía un tigrecillo colgado de la cuerda con que los había ahogado, y antes de que se conociese lo que iba hacer, se los echó al tigre por la abertura. El animal en cuanto los vió comenzó á examinarlos atenta y silenciosamente, volviéndolos con precaución de un lado y otro. Luego que se convenció de que estaban muertos dió un grito de desesperación tan penetrante, que nos vimos obligados á taparnos los oídos. Cuando yo reconvine á mi cazador por este acto de barbarie gratuita, eché de ver, por la aspereza de sus respuestas, que había perdido toda esperanza de salvación, y que desde entonces miraba como disueltas las relaciones de subordinación de criado á amo. Por mi parte sin saber por qué razón, conservaba siempre la esperanza de que algún socorro inesperado me sacaría de la horrible situación en que me hallaba. Las tempestad había pasado; y un aire suave y apacible había sucedido al huracán. Comenzaban ya á resonar en el bosque los cantos de los pájaros, y las gotas de lluvia, heridas por los rayos del sol, brillaban sobre las hojas como millares de diamantes. Por la abertura de nuestra cueva veía renacer doblemente hermosa la naturaleza, después del tumulto de los elementos; y el contraste de la escena tranquila con nuestra penosa situación, nos la hacía más horrible. Esta-

bamos en un sepulcro de donde parecia que nada en el mundo podia sacarnos; porque un mónstruo mas espantoso que el cerbero de la fábula, guardaba la entrada. Estaba echado junto á sus cachorros. Era soberbio animal y de una talla enorme: sus miembros tendidos á lo largo dejaban ver la fuerza prodigiosa de sus músculos. De sus mandíbulas, armadas de grandes colmillos, caian gruesos copos de espuma. Repentinamente se oyó á lo lejos un largo rugido; el tigre respondió á él con un ahullido lamentable; y los indios dieron un grito que nos anunció que nos amenazaba otro nuevo peligro. Nuestros temores se confirmaron al cabo de pocos minutos, porque vimos un tigre menos grande que el primero que se dirigia corriendo al paraje donde estábamos.

« Este enemigo será aun mas peligroso que el otro, dijo Mr. Warthon, porque es la hembra, y las de estos animales son implacables para quienes les quitan sus hijos. »

Los rugidos de la tigre, cuando examinó los inanimados cuerpos de sus cachorros, sobrepujaron á todo lo que ya habíamos oído y el tigre mezcló con ellos sus ahullidos lamentables. Repentinamente cesó su gritería: á la hembra no se le oía mas que un oscuro murmullo; y vimos que bufando acercaba su hocico por la abertura, mirando á todos lados, como para descubrir quién habia muerto sus cachorros; sus miradas cayeron sobre nosotros y saltó hácia dentro, queriendo penetrar en el lugar de nuestro refugio. Tal vez hubiera conseguido con su prodigiosa fuerza desviar la piedra, si nosotros no hubiésemos reunido todos nuestros esfuerzos para retenerla. Cuando la tigre vió que no podia apartarla, se acercó al macho, y durante algunos instantes pareció consultar con él; despues de lo cual se alejaron juntos con un paso rápido, y desaparecieron de nuestra vista. De tiempo en tiempo, á medida que se alejaban, sus rugidos eran menos perceptibles, y muy pronto dejaron de oirse.

Luego que se alejaron, nuestros guias indios vinieron á la boca de la caverna, y nos instaron á aprovechar, huyendo, la única ocasion que teníamos de salvarnos, porque los tigres habian ido á buscar á lo alto de la montaña otra abertura, que sin duda ellos conocian, para penetrar en lo interior de la gruta. En consecuencia, todos nos apresuramos á quitar la piedra que tapaba la entrada, y salimos de aquella sepultura en que creimos quedar enter-

rados vivos. Mr. Warthon fué el último que salió, porque no quiso hacerlo hasta haber encontrado su escopeta de dos cañones, nosotros no pensábamos mas que en escapar.

Volvimos á oir de nuevo los rugidos de los tigres, aunque distantes, y siguiendo la huella de nuestros guias echamos por una senda lateral. El gran número de raices y ramas de que la tempestad habia cubierto el camino que seguíamos, hacia nuestra fuga lenta y difícil. Mr. Warthon, aunque marino lleno de valor, no dejaba de andar con trabajo, y por no dejarle atras nos veíamos obligados á detenernos de rato en rato.

Haria un cuarto de hora que marchábamos de esta manera, cuando un grito penetrante, dado por uno de los indios, nos hizo saber que los tigres seguian nuestras pisadas. Nos hallábamos delante de un puente de cañas, echado sobre un torrente. Nadie mas que los indios con su paso ligero pueden andar sin miedo sobre esta clase de puentes, que crugen y se banbolean á cada paso que se da. El torrente corria con violencia por debajo á mucha profundidad, encajonado entre sus escarpadas orillas, sembradas de rocas puntiagudas. Lincoln, Frank y yo atravesamos este puente sin accidente alguno; pero Mr. Warthon estaba aun en medio de él procurando guardar su equilibrio, cuando los tigres desembocaron del bosque vecino: al punto que nos vieron brincaron hácia nosotros dando ahullidos espantosos. Sin embargo, Warthon habia pasado el puente sin contratiempo alguno; yo, juntamente con Frank y Lincoln y mis dos guias, estábamos afanados en escalar los peñascos que teníamos delante. Mr. Warthon, aunque los tigres estaban ya muy cerca de él, no perdió su valor ni su presencia de espíritu. Luego que llegó al otro lado del puente sacó su cuchillo de monte y cortó las cuerdas que le ataban á la orilla: de este modo pensaba poner un obstáculo invencible á la persecucion de nuestros enemigos; pero apenas habia cumplido su intento, cuando vimos á la tigre precipitarse hácia el torrente y tentar trasponerle de un salto. Fué ciertamente espectáculo curioso ver á este terrible animal suspendido un instante sobre el abismo; pero esta escena pasó como un relámpago. Su fuerza no era igual á la distancia: antes de llegar á lo hondo del torrente habia ya sido despedazado por las puntas de los peñascos. Esta catástrofe no desanimó á su compañero, el cual de un

vigoroso salto salvó el precipicio; pero no alcanzó la orilla opuesta mas que con sus garras delanteras. Suspendido de este modo sobre el abismo, se esforzaba en hacer pie. Los indios dieron de nuevo un grito salvaje, como si toda esperanza estuviese perdida; pero Mr. Warthon, que estaba cerca del fiero animal, se llegó denodadamente á él, y le metió un cuchillo de monte en el pecho. Furioso mas de lo que puedo decir, el mónstruo, reuniendo todas sus fuerzas, fijó sus garras delanteras sobre la roca, y llegó á coger á Mr. Warthon por un muslo; pero mi heróico amigo conservó toda su intrepidez: asió con la mano izquierda un tronco de árbol para apoyarse, y volvió á hundir vigorosamente su cuchillo de monte en el pecho del tigre.

Todo esto fué obra de un minuto. Los indios, Lincoln, Frank y yo corrimos á ayudarle; Lincoln, cogiendo la escopeta de Warthon, que estaba junto á él, asestó un culatazo tan vigoroso sobre la cabeza del tigre, que el animal, aturdido del golpe, se soltó y cayó con estrépito en el torrente. Pero el infeliz jóven no habia calculado la fuerza de su golpe; el exceso del empuje lo venció hácia adelante; se le resbalaron los pies, y no encontrando sus manos punto de apoyo, cayó tambien en el torrente. Vimosle un momento luchar con la muerte en las aguas de aquel abismo; y se hundió despues para no volver á parecer jamas.

Nuestro primer movimiento fué un grito de desesperacion: despues durante algun tiempo guardamos un melancólico silencio. Luego que volví de mi espanto eché de ver al pobre Warthon desmayado al pie del precipicio. Examinamos su herida: era profunda; y la sangre corria de ella en abundancia. Los indios cogieron algunas plantas cuya aplicacion detuvo la hemorrágia. Warthon continuaba sin sentido, pero su pulso estaba muy agitado. Habiendo anochecido, tuvimos que resignarnos á pasar la noche en este parage al abrigo de un peñasco.

Los indios encendieron fuego para alejar de nosotros las bestias feroces. Yo comí algunas frutas que nuestros guias me dieron, y esta fué sin duda la mas triste comida que hice en mi vida. No pude pegar los ojos en toda la noche: sentado junto á Warthon escuchaba con espanto su respirar fatigoso. A la mañana siguiente nuestros guias pensaron que lo mejor que podiamos hacer era

trasportar á nuestro infeliz amigo al lugar en que habiamos hecho noche el dia precedente: en consecuencia con ramas y cañas construyeron ligeramente un pequeño puente para volver á pasar el torrente. Cuando llegamos al lugar, Warthon no volvió en sí, apesar de todos nuestros cuidados. Al tercer dia sus miembros esperimetaron repentinamente un estremecimiento convulsivo, se incorporó pronunciando algunas palabras confusas, volvió á caer al instante sobre una almohada, y algunos minutos despues ya no existia.

Tal fué el éxito de mi triste viage al Chimborazo.

Luego que cumplí con los últimos deberes respecto á Mr. Warthon, me apresuré á alejarme de los lugares en que dejaba tan crueles memorias, y aproveché la primera ocasion para volver á Europa.

GREGORY DÁVILA.

UNA AVENTURA.

Á MI HERMANA.

Para tí, hermana mia, son escritas estas líneas, para tí, que las acojerás con el entusiasmo que te inspira el cariño que nos une. Recuérdente ellas á la autora del cuento de los *Rosales* y demas fábulas portentosas, que tus mejores juguetes me pagaban. Recuérdente aquellos dias, únicos de paz y de completa ventura para nosotras, huérfanas espatriadas, que tantas veces luego bajo el cielo hospitalario de la perla de las Antillas, llorando repetimos:

Feliz el que nunca ha visto

Mas rio que el de su patria,

Y duerme anciano á la sombra,

Dó pequeñuelo jugaba.

Lista.

En una clara y calurosa noche del mes de julio (el año no hace al caso) al sonar en Madrid la primera campanada de las once en el reloj del palacio regio, me hallé pronta á ocupar mi puesto en una de las diligencias que salian de esta córte; y no me hice esperar, cuando despues de gritar «al coche!» añadió el encargado, berlina: «señora de P...» Puse á mi hija en brazos de su niñera, que me esperaba ya en el carruaje, estreché con el corazon

hechido de tristeza la mano de los pocos amigos que hasta aquel sitio me acompañaron, y salvé como Dios me dió á entender los inconvenientes de los malditos estribos, que de algun tiempo á esta parte parece han adoptado las Diligencias para dar paso á sus primeros asientos. Logré por fin colocarme antes que muchos de los pasajeros hubiesen podido hacer lo mismo en sus respectivos departamentos, y cuando todo estuvo en orden de partida, comenzó á rodar la mole inmensa, que preñada con hijos de tan distintos padres, emprendió su ruta hácia una de las carreteras de España mas frecuentadas en esta época del año.

Era la vez primera que viajaba yo sin el amparo de mi padre, de mi marido ó de alguno de mis hermanos, y esta idea vino desde luego á aumentar el sentimiento vago, pero siempre melancólico, que nunca deja de oprimir mi pecho al principiar un viaje. Creí que iba á ahogarme y me dí prisa á bajar los vidrios que me encarcelaban. La libre circulacion del aire, mas fresco y mas puro á medida que nos alejábamos del centro de la poblacion, alivió mi congoja, y al hallarme fuera del murallado recinto, me encontré dispuesta á gozar de la escena que se me presentaba. La luna, en todo el esplendor de su luz voluptuosa, dejaba ver tras sí, el inmensurable firmamento, azul y trasparente como los ojos de una belleza boreal, y á sus pies un ancho espacio de tierra, llano y sin obstáculos, sobre el cual rodaba nuestro coche con increíble celeridad, por manera que poco tardamos en alcanzar la entrada de una larga calle de álamos negros, llegados á su mayor altura en completa y lujosa vegetacion. Desde sus oscuras copas, el reflejo plateado de los rayos de la luna se estendia en mágica combinacion sobre los objetos que pasaban ante mi vista. Aquella luz indecisa y misteriosa, la ráfaga ligera de viento que retozaba sobre mi frente con las sueltas hebras de mi cabello, el movimiento del carruaje, veloz y uniforme, todo en fin, era parte á hechizar mis sentidos, que comunicando á mi espíritu el influjo que los dominaba, le dejaron arrobado en extásis delicioso. Parecióme que iba á olvidar mis pesares pasados, mi actual aislamiento, el objeto de mi viaje y hasta mi propia existencia. Solo conservaba inmutable el recuerdo de las personas que mas tiernamente amo, y el conocimiento de que todas se hallaban lejos de mí, excepto mi pequeña J. que dormia alli á mi lado

con el sueño pacífico del inocente niño, que no tiene pasado, no comprende el presente ni se cuida de averiguar el porvenir. Júzguese de mi impaciencia cuando vino á sacarme de estado tan apetecible la voz de un hombre, que saliendo de entre los árboles á la izquierda del camino, daba gritos al mayoral, que al parecer le esperaba, pues hizo detener el carruaje, y despues de colocar á su lado al desconocido, volvió á seguir su marcha. En menos de cinco minutos fué todo restituido al orden anterior; pero asi como no es fácil que la fábula que en sueños urde nuestra fantasia, vuelva á unir sus rotos hilos, una vez interrumpida por súbito despertar, tampoco conseguí yo alcanzar de nuevo la ilusion de mi mente, destrozada con la aparicion de aquel huésped importuno, que se instaló precisamente delante del ventanillo que hacia frente á mi asiento. Poco despues dimos fin á la alameda, y variando el camino enteramente de aspecto, veíamos, en vez de árboles y verdura, pardos grupos de rocas escarpadas sobre terreno árido y seco. Allí la claridad de la luna caia sin embarazos y dejaba ver los objetos como en mitad del dia.

Aconteció en aquellos momentos que uno de sus rayos vino á dar de lleno sobre la serena faz de la honrada asturiana que en clase de niñera me acompañaba y dormia á duo con mi hija; despertóse y me dijo algo á que hube de contestar; mas el sonido de mi voz hizo el efecto de un toque eléctrico en el recién llegado, que dando un salto circular sobre su asiento, me dejó de manifiesto su semblante, á tiempo que en buen castellano, pero con acento extranjero, me dijo: «Perdone V. señora, es tal vez intempestiva mi pregunta; mas ¿es V. americana?» Yo no titubeé en responder afirmativamente, porque habia conocido ya al interrogador, el cual continuó: «¿De la Habana, por ventura?» «No señor, pero he vivido allí algunos años y allí conocí á Mr. M., añadí yo, sin ser bastante á tener por mas tiempo en tortura al pobre alemán, pues era ni mas ni menos Mr. M. aquel joven rubio de hábitos y maneras tan dulces, á cuya costa nos has hecho tú reir tantas veces, amiga mia, burlándote de su candidez, sin ofender no obstante su carácter, digno bajo todos respectos de la estimacion de los buenos. Poco me pareció haber cambiado en el transcurso de nueve años, cuando olvidando su propia seguridad, con los brazos cruzados y sus grandes ojos azules descompa-

sadamente abiertos, se estuvo cerca de medio cuarto de hora mirándome de hito en hito, sin pronunciar mas palabra. Nadie sabe los esfuerzos que entre tanto hacia yo para no soltar la carcajada, á punto ya de estallar en el instante en que mi interlocutor logró esclamar: «¿Con qué es V. señorita J., es V.? ¿y cómo nos encontramos aquí?» Cabalmente podía yo preguntarle lo mismo y deseaba hacerlo, como habrás ya conjeturado, mi querida hermana, tú que tambien de mi te has burlado siempre, llamándome habladora, por la necesidad que me domina de comunicar mis impresiones. Quise con todo, ser la primera en responder, para adquirir el derecho de estender luego mis preguntas, y en términos muy concisos, le referí las principales variaciones en nuestra familia. El casamiento de nuestra angelical I., el tuyo, el mio, y por fin terminé pidiéndole formalmente me contase él por su parte cuanto le hubiese sucedido, que contado pudiese ser, desde su salida de la Habana.

JUANA ZÁRRAGA.

(Se concluirá.)

EL REMADOR.

Tendió la noche su enlutado manto
Sobre la vasta esfera,
Y en insondable mar llenó de espanto
Al remador que busca la rivera.
Ni rumbo halla que esperanza indique
Alivio á sus fatigas;
Solo en los mares, cuyo fuerte dique
Rompan tal vez borrascas enemigas,
Busca la estrella que al marino guía
En la noturna calma;
Pero un vapor espeso la cubria,
Negro como las sombras de su alma.
—«Boguemos, dice, hasta ganar la orilla,
«Bagel infortunado,
«Que están rotas tus járcias y tu quilla,
«Y el huracan resuena despiadado.
«Teme su furia tú, opon tu remo
«A su violencia dura:
«Ay! que te anegues en sus ondas temo
«Como mi corazon en la amargura.
«Boga, bajel, pues á eternal combate
«La suerte nos condena;

«Tú de las ondas al furioso embate,
«Y yo al embate de mi dura pena,
«Y ¿qué podrán contra enemigos tales
«Ni tu esfuerzo ni el mio?
«Fin te darán los recios vendabales,
«La muerte á mi, mi torcedor impio.
«Pero lucha hasta el fin, opon serena
«Constancia interminable,
«Que yo tambien al choque de mi pena
Finjo en mi frente calma inalterable.
«Calma y estupidez mis ojos mienten.
«Con indolencia fria,
«Cuando quizá mi corazon doliente
«Por alivio su llanto bebería.
«Ay! que te veo de la mar airada
«¡Oh barca! perseguida:
«Por estribor de ondas rechazada,
«Por babor de los vientos impelida.
«¿Cómo podrás salvar tanta inclemencia
«Si ya el rumbo has perdido?
«Pero boga, infeliz, por indolencia
«No hayas nunca tu suerte merecido.»—
Mas ¡ay! que en vano el remador procura
Ganar la opuesta orilla,
En vano, que la mar en su bravura
Vence el valor de la infeliz barquilla.
Sin remo, sin timon, víctima triste
De la horrible tormenta,
Su suerte despiadada no resiste,
Porque ya la esperanza no le alienta.
Y como á tierna virgen desmayada,
Que ni ruega ni llora,
La llevan por las ondas arrastrada
Las verdes aguas de la mar traidora.
En sus despojos la rizada espuma
Surcaba el navegante,
Y rompiendo las aguas y la bruma
De la terrible mar, salió triunfante.
Mas ¿quién de la borrasca de su pecho
Libertarle pudiera?
¿Quién de su alma el huracan deshecho
En tranquilas auroras convirtiera?
Náufrago triste junto al mar sentado
Su mente se perdía,
Y ni escucha aquel mónstruo que irritado
A las playas su víctima pedia,
Ni mira en su furor los elementos
Luchar para vencerse;
Ni siente los peñascos corpulentos

A su violento empuje estremecerse.

En su amarilla y abatida frente,

A la tierra inclinada,

Que huella el huracan duro, inclemente,

Y que se vé de espumas salpicada;

Pasa una idea tenaz, dura, terrible

Que su mente oprimia,

Como la voz confusa, indefinible

Que la profunda eternidad envia.

Idea fatal, que de tormento llena

Su congojosa alma:

La mar un tiempo se encontró serena,

Mas nunca el remador halló la calma.

MARIA DE LOS DOLORES GOMEZ DE SALAZAR.

UNA VENGANZA CONYUGAL.

Era en 1778. Dugazon, actor de mucha popularidad, y que hacia algun tiempo se habia casado con Mad. Le Févre, actriz de los Italianos, habia sido presentado por Alberto de C... en la tertulia del rico capitalista Mr. de C... padre de Alberto. La aficion de este á las farsas, y la reputacion de bufon de que gozaba el artista, sirvieron de pretexto á esta presentacion.

Algunos dias se pasaron en una apacible tranquilidad hasta que llegó uno en que *tirando el diablo de la manta...* Qué dirán Vds. que vió Dugazon? A su mujer haciendo ciertas señas de inteligencia al jóven abogado Alberto. La imaginacion del actor, siempre trabajando por encontrar los medios de hacer reir, solo se ocupó ya en combinar el *plan de ataque* para convencerse de su desgracia. Tomada su determinacion, se presentó una mañana muy temprano en casa de su infiel amigo; como los criados estaban acostumbrados á verle entrar á cualquiera hora para ensayar con su amo las farsas que debian reprentar en la tertulia del capitalista, le fué facil á Dugazon penetrar hasta el cuarto de Alberto, que á la sazón se hallaba en la cama.

Después de cerrar todas las puertas, el ofendido esposo se precipitó sobre su rival, y poniéndole una pistola al pecho, le obligó á entregarle las cartas y el retrato que de Mad. Dugazon poseia. Conseguida esta primer ventaja salió de la habitacion con la mayor sangre fria; pero ¡oh desgracia! Apenas empieza á bajar la escalera, cuando Al-

berto, vuelto de su espanto, gritaba desde arriba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Al asesino; Al ladron! Detenedle, muchachos, matadle!

Empero Dugazon lejos de precipitar su marcha, como cualquiera lo hubiera hecho en su lugar, se detuvo en el último escalon, diciendo al desconcertado amante.

—Bien, amigo mio, perfectamente! es una escena magnífica, y de tanto efecto, que vuestros criados se llegarían á poseer de ella si no estuvieran habituados á ver todos los dias otras del mismo género.

En efecto, en vez de detener al actor, prorumpieron en estrepitosas carcajadas al ver la grotesca figura que hacia su amo en calzoncillos y con gorro de dormir, gesticulando ridiculamente en lo alto de la escalera.

En tanto Dugazon habia ganado la puerta, pero no se creia aun suficientemente vengado, asi es que hallándose algunos dias despues en el teatro de la opera, no lejos del asiento que ocupaba Alberto, aguardó á que nadie pudiese verle, y descargó sobre el abogado algunos bastonazos con todo el rencor de un esposo burlado, y en seguida tomó la actitud de un hombre absorto en sus reflexiones. A tan ruda interpelacion volvió Alberto la cabeza, y al encontrarse con Dugazon, juró, amenazó y pidió auxilio á algunas personas, que impelidas por la curiosidad se acercaron.

—Defendedme de ese pillo que acaba de apalearme, les dijo señalando á Dugazon.

—Cada dia haceis maravillosos adelantos, contestó este.

—Señores, yo no me chanco, ese hombre me ha maltratado cruelmente!

—Seguramente que si no se supiese que un histrion como yo es incapaz de tomarse semejantes libertades con los grandes señores, vuestro aire y vuestro acento serian suficientes para convencer á todo el mundo.

Al oir estas palabras, dichas con mucha formalidad, la hilaridad se apoderó de los espectadores.

—Os juro que es un asesino, gritaba desesperado Alberto.

—Muy bien, muy bien! prosiguió el actor: acaloramiento, conviccion: ciertamente que es una lástima que no se dedique al teatro un hombre dotado de semejantes disposiciones, de tanto talento dra-

mático! Aunque á decir verdad, hubiérais sido para mí un rival asaz peligroso.

Alberto, objeto de las burlas del auditorio, tomó el partido mas prudente, esto es, marcharse.

En vano se esforzó para hacer castigar á Dugazon; nadie quiso creer la aventura de los bastonazos, viéndose precisado á confesar in petto, que como dice Gavarni, no todos los maridos sirven para hacer reir.

CRÓNICA DE LAS SOCIEDADES.

MUSEO.

(Sesion del lunes 21.)

.....La máscara te pon de la mentira
Y viste del engaño los disfraces.

En su mismo artificio pon la mira,
Sin perdonar parábola ó emblema
Cuando á ocultar tu desnudez conspira.

Usa de la ficcion, valte de un tema
Tal vez extravagante, y su rodeo
Te hará vencer con docta estratagema.

Dijo así Iglesias en su tiempo, y creemos que lo mismo dijese á sí mismo Scribe al escribir su comedia *El Vaso de agua*, pues que la mentira, el engaño y las intrigas palaciegas son el alma de esa produccion tan delicadamente dispuesta para el teatro.

El Vaso de agua se representó el lunes en el Museo, y tan esmerada fue la ejecucion, que quizá sea una de las mejores que en esta sociedad hayamos visto.

Olvidando las personas que tomaron parte alguna que otra exageracion, que, sin dañar su mérito, las distingue empero, mostráronse todas el lunes en su verdadero terreno, en el terreno de la finura, de la elegancia, con las maneras mas escogidas, con el decir mas aristocrático, y todo sin afectacion, sin petulancia.

La señorita Paz comprendió perfectamente su papel y tuvo momentos felicísimos.

Muy diplomática, muy sagaz, muy orgullosa y entendida apareció la señorita Chirivella en su papel de duquesa.

Personificó bien á Enrique el señor Castejon, y

á no haber estado un tanto frios Arturo y la duquesa en la primera escena del acto cuarto, la representacion del *Vaso de agua* en el Museo no hubiera dejado que desear.

LICEO.

(Sesion del jueves 24.)

Como las comedias del teatro antiguo español fuesen las del repertorio del Liceo, representóse la noche del jueves último *Lo que son mugeres*, de nuestro compatriota Rojas.

Los chistes de esta comedia, dichos muy bien por Gibaja y Rafaela, hicieron reir mas de una vez á la lucida concurrencia.

Por su parte *Serafina* espresó bien sus sentimientos de orgullo, esquividad y fatuidad, pasando despues muy naturalmente á mostrar cuál el amor penetraba tambien en su corazon, muy á despecho del alma.

D. Marcos no puede presentarse con mas verdad en la escena.

D. Roque, flemático y acomodaticio, estuvo muy bien personificado.

El argumentista *D. Pablo* arrancó tambien risas y aplausos con sus latines y *distingos*.

¡Qué difícil es el hacer de necio á quien no tiene nada de tonto! Así es que *D. Gonzalo* no pudo lucir bastante bien sus conocidas dotes.

El Museo y el Liceo han estado en sus últimas sesiones concurridísimos. Los ausentes van tornando; los desiertos salones se pueblan de personas que, de vuelta de sus viages de verano, vienen de nuevo con sus gracias y talentos á darle á la corte la vida que le hace falta.

GOMEZ COLON.

TEATROS.

CIRCO. *Marino Faliero*.—Este es el primer drama lirico cuyas sentidas melodias, debidas al estro fecundo del infeliz Donizetti, han resonado en el ámbito del Circo, inaugurando la temporada actual. Ninguna de nuestras lindas suscriptoras ignora sin duda la suerte desgraciada del valiente soldado, columna de la veneciana república, que por su valor

y militares talentos se elevó á la dignidad de Dux; ninguna de ellas habrá leído sin verter amargas lágrimas el drama del inmortal Lord Byron, y ninguna de ellas habrá dejado de asistir á la representacion que repetidas veces y en distintas épocas ha tenido la ópera que nos ocupa: así pues, como cosa conocida hablaremos tan solo de los artistas á cuyos talentos se confió el desempeño de las partes principales.

Todavía permanecen grabados en nuestros corazones con indeleble recuerdo los sentidos acentos del sin par Ronconi, de ese maestro de maestros, de ese poeta, intérprete fiel de cuanto arrulla ó desgarrá toda alma sensible.

Todavía los melodiosos ecos de la Persiani se conservan recientes. Todavía la suave, flexible y melancólica voz de Salvi, la potente y sonora de Marini, vibran gratas en nuestros oídos.

Difícil era, pues, halagar al público que presuroso acudió al ver anunciado el *Marino Faliero*, tan deseado y pedido por todos los aficionados, mientras Marini formaba parte de la compañía lírica del teatro del Circo. Anunciado ya, tres novedades llamaban la atención: la parte de protagonista á cargo del señor Ferlotti, la de tiple, confiada á la señora Rosina Bertolotti, y la de segundo bajo al señor Rigamonti. Sabido que el señor Ferlotti era barítono, admiró mucho ver se encargaba de una parte de bajo profundo, demasiado *baja* para la *altura* de su voz; sin embargo, esperóse oírle para dar un fallo que nada tuviese de ligero, y desgraciadamente el fallo no pudo ser tan favorable como deseado hubiéramos al tratarse de un artista del mérito del señor Ferlotti: no entraremos en comparacion alguna con respecto á la parte escénica y nos concretaremos al canto. En el duo del primer acto con el señor Rigamonti, duo que ansioso anhelaba oír el público, pues tan popular como el de los Puritanos es una de esas escenas que se esperan con avidéz, estuvo el señor Ferlotti bastante débil, sin duda porque cantaba cosa que no era de su cuerda; lo mismo le sucedió con el aria coreada del acto segundo, si bien fué menos desgraciado en el duo final con la señora Bertolotti. Este salió bien; fué cantado con espresion, comprendido y espresado cual se podia desear, y si el público no fué pródigo de aplausos, no podia serlo, á fin de dar un amistoso aviso al señor Ferlotti para manifestarle que no se apartara de la senda que

su especialidad le marcaba. Nosotros somos con el público y creemos también, convencidos de las relevantes cualidades del señor Ferlotti, que para no bajar una linea de la altura á que el talento eleva es preciso no ambicionar lauros ajenos á este mismo talento.

Nueva en este teatro la señora Rosina Bertolotti, se presentó casi temblando; su voz, no de tiple *sforzato*, sino de medio tiple, es fresca, estensa, flexible y simpática; su canto es agradable y abunda en ejecucion y maestria: en una palabra, creemos que llenará las esperanzas de todos los filarmónicos y que gustará cada vez mas. En el aria del primer acto y en el alegre del aria del último, brilló verdaderamente la señora Bertolotti, porque no cabe mayor espresion, dulzura y vigor á un tiempo; sus gorgoros de enamorado ruiseñor y sus notas destacadas cual las de viuda tortolilla que llora en la enramada, produjeron ora admiracion, ora profunda tristeza. La empresa ha andado muy acertada en esta eleccion. Ojalá pudiéramos decir lo mismo en todas!

Tamberlik, que aduna á una voz estensa y melodiosa un modo de pesentarse que da realce á sus naturales dotes, desempeñó su parte cual era de esperar.

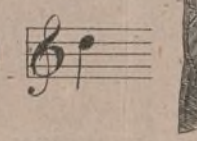



Del señor Rigamonti ¿qué podemos decir? Dotado de una buena voz, carece tal vez de la mayor parte de las cualidades de un cantante, y hubo de fracasar en el papel con que debutó. A un artista no puede juzgarsele, sin embargo, ni en una sola ópera ni en una sola noche. Ojalá que el señor Rigamonti pueda probar en las sucesivas que el fallo del público ha sido con respecto á el severo en demasía!

ELADIO GIRONELLA (*el Doncel.*)

El Liceo por fin ha hecho justicia al mérito del improvisador D. Pascual Cataldi, y dentro de pocos dias tendremos el gusto de admirar en dicha sociedad al poeta que tantas veces nos arrancó frenéticos aplausos.

LA ELEGANCIA

Corresponde a la 4.^a entrega del día 5 de Octubre.

L00  nes Amen   CC CC LLL 

Ayuntamiento de Madrid

